

veras su padre, y dijo: Gualá, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no, mírala bien, y verás cómo te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zoraida, como mas ladino; que aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida: Hija, retírate á la casa, y enciértrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *¿Tameji*, cristiano, *tameji*? que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: Señora, sí; pero no en ninguna manera sin tí: el primer juma me aguarda; y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y, echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que, yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello; antes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señas y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y, viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero, como ella no le respondiese, dijo su padre: Sin duda alguna que, con el sobresalto de la entrada destes canes, se ha desmayado: y, quitándola del mio, la arrimó á su pecho; y ella, dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: *Ameji*, cristiano, *ameji*: vete, cristiano, vete. Á lo que su padre respondió: No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre; pues, como ya te he dicho, los turcos, á mi ruego, se volvieron por donde entraron.—Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dije yo á su padre; mas, pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate

en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester, por yerbas á este jardin, que, segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.—Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato; que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que, por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto, me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y, siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque, el viernes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el renegado, al anochecer, dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que, á fuerza de brazos, habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues que, así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos dudamos, si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y, estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo, que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así, sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y, saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arreaz quedáronse espantados, y, sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron sin hablar alguna palabra maniar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna

via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guía, fuimos al jardín de Agimorato, y quiso la buena suerte que, llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así, con gran quietud y silencio, llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellissima Zoraida aguardándonos á una ventana, y, así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí, que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto; porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y, los demás que el caso no sabían, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecía sino que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo, en lengua morisca, si estaba su padre en el jardín. Ella respondió que sí, y que dormía. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevármole con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín.—No, dijo ella; á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos; y esperaos un poco, y lo vereis: y, diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volvería, que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardín; y, asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos; y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: ¡Cristianos, cristianos! ¡ladrones, ladrones! por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y, juntamente con él, fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entonces, siendo mas necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya, los que en ella

habian quedado, nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella, sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse, se estaba queda; pero, con todo esto, callaba, por que no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado, que me dijese, le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos, y por causa suya, llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia, á causa que, si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer era, darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero, á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuémos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero, con todo eso, nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y, habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron, que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen